

atención sobre sus sentidos, para que no se turbase la paz de sus almas, y que domasen la carne por medio de la penitencia. Tales son en sustancia las exhortaciones que les dirigía, y que su historiador refiere en un largo discurso.

Por último, aún cuando no había salido de su celda, desde que á su regreso de Calcedonia se encerró en ella, lo hizo en los últimos días de su vida para visitar el monasterio de sus religiosas, que entónces se estaba construyendo. Allí elevó al cielo ferviente oración para alcanzar abundantes bendiciones para aquella casa, y para los que habían de visitarla, y volvió á su caverna seguido de una gran multitud que le acompañaba. Tres días despues se vió acometido de una enfermedad, que, á los diez, le llevó al sepulcro. Murió en 14 de febrero, en cuya dia celebran su memoria tanto la iglesia griega como la latina; pero se ignora el año en que acaeció. Es seguro que fué despues de la de san Simeón Estilita, que murió en 459, y ántes de la del emperador León, y por consiguiente, ántes del año 474. Asistió á sus funerales una concurrencia extraordinaria, tanto de clérigos como de religiosos de diferentes monasterios. No podían dejar de hacerlo los de san Hipaco, que desearon que el santo cadáver fuese depositado en la iglesia de los santos Apóstoles. Otros pidieron que lo fuese en la de san Zacarías; pero no fué posible desatender las lágrimas de sus religiosas. Así pues, se le enterró en su oratorio, por lo cual se le dió á éste el nombre de cementerio de san Auxencio. El autor de su vida la termina llamándole nuestro padre Auxencio, sacerdote y archimandrita, lo que demuestra que fué elevado al sacerdocio, y que no léjos de su caverna había un monasterio que dirigía. Los griegos dicen que en el monasterio de Calistrato, en Constantinopla, se celebraba una fiesta en su honor.

El de religiosos subsistía trescientos años despues, y la caverna del Santo fué sucesivamente habitada por santos personajes, y entre otros, por Sergio, Bendimiano, Gregorio, Juan y el célebre san Estéban el Jóven. De Sergio aprendió el autor de la vida de san Auxencio la mayor parte de los hechos que refiere, y que son indudables, por lo mismo que fué testigo de ellos y fiel imitador de sus virtudes. Era natural de Mesia, y conservaba el lenguaje bárbaro de su país; pero su espíritu no conservaba ningunos restos de barbarie. Desde que se puso bajo la dirección del Santo, no usó vino, ni aceite, ni frutos; su alimento consistía en pan y agua con algunas legumbres, y nunca se quedaba satisfecho. Pasaba casi toda la noche en oración, y de dia se ocupaba en hacer pequeñas cruces que daba á los que venían á verle, y que las recibían como bendiciones del cielo.

Bendiano ó Bendimiano fué también discípulo del Santo. Permaneció algún tiempo en su celda, y poco despues construyó otra en un paraje muy estrecho, entre dos montañas, cerrándola por todas partes para estar enteramente incomunicado con el mundo. En esta reducida celda pasó cuarenta años. La iglesia griega lo celebra el primero de febrero.

San Auxencio tuvo otros muchos discípulos muy recomendables por su virtud.

SAN DANIEL ESTILITA, SACERDOTE Y ABAD EN CONSTANTINOPLA.

Daniel, ese hombre extraordinario, como le llama Teodoro el Lector, título que mereció por la austeridad de su

penitencia, por su paciencia heróica, por los dones de milagro y profecía con que Dios le había honrado, por los importantes servicios que prestó á la Iglesia y por la conversión de un gran número de pecadores: Daniel, digo, fué uno de los primeros imitadores de la vida extraordinaria de san Simeón Estilita, y marchó fielmente por este trabajoso camino para llegar al reino de los cielos. La aldea de Maratha, no léjos de Samosata, en la provincia Eufratesiana, fué el lugar de su nacimiento. Su padre se llamaba Eliseo, y su madre Marta, nombres judíos muy comunes en aquellas comarcas. Ésta, que era estéril, le alcanzó con sus oraciones, y prometiendo consagrarlo al servicio de Dios, el cual le dió á conocer en una visión, que este niño había de ser un dia una de las lumbreras más brillantes de la Iglesia.

Llegado el niño á la edad de cinco años, le llevaron á un monasterio para consagrarlo al Señor, como habían prometido.

Aún no le habían impuesto nombre, y quisieron que se lo diese el superior de este monasterio, el cual dijo que para ello era necesario consultar al Señor. Ordenó, pues, al niño que trajese uno de los libros que había en el altar, y le trajo el del profeta Daniel. El abad vió en ello la voluntad divina, y le dió el nombre de este profeta. No le admitió por el pronto en su comunidad, porque era muy jóven, contentándose con recomendar á sus padres que lo educasen en la piedad, hasta que tuviese edad de abrazar la vida religiosa.

Daniel se adelantó con sus deseos á esta edad: apenas hubo llegado á la de doce años, dejó su casa sin decir á nadie sus propósitos, y se presentó al superior de otro monasterio, situado á una legua y media de su aldea. El abad le manifestó que era todavía muy jóven para soportar las austeridades que se observaban en su comunidad; pero Da-

niel, postrándose á sus pies, le dijo: « Vengo aquí, padre mio, para vivir la vida de Jesucristo, y para morir á mi carne. » Esta generosa respuesta impresionó al abad, que se la refirió á sus religiosos, los cuales presumieron que estas señales de fervor no podían proceder más que de Dios. Fué por lo tanto admitido, pero dilatando algún tiempo el investirle el hábito religioso.

Pronto supieron sus padres que estaba en este monasterio, y se trasladaron á él, no para hacerle desistir de sus propósitos, sino para animarle á perseverar en ellos. ¡ Raro ejemplo en los padres, que ordinariamente atienden más á su ternura y á miras humanas, que al bién espiritual de sus hijos ! Los del jóven Daniel suplicaron al abad que le diese el hábito en su presencia. Este superior, despues de consultar á los religiosos, le llevó á la iglesia, hizo que se le leyese la regla que se profesaba en aquella santa casa, le cortó el cabello, y le impuso el hábito. Encomendó á sus padres que no le hicieran frecuentes visitas, á fin que su natural ternura no fuese un obstáculo á las operaciones de la gracia. Pronto se reconoció la solidez de su vocación por su fidelidad en la práctica de todas las virtudes, que en él crecieron con la edad, y le granjearon la estimación del abad y de todos los religiosos.

Algún tiempo despues tuvo este superior que emprender un viaje á Antiquía para ventilar algunos asuntos de la Iglesia, y llevó consigo á Daniel. Llegaron á la aldea de Talada ó Telanisa, de la cual distaba muy poco san Simeón, que entónces vivía sobre su columna. Hacía mucho tiempo que Daniel deseaba ver á este gran Santo; pero su superior no se lo había permitido.

Al fin, le concedió su autorización, y tuvo la dicha de subir á la columna. El Santo á quien Dios había revelado las esperanzas que prometía este jóven, le recibió con ternura, le impuso sus manos, conversó familiarmente con él,

y le predijo que sufriría mucho por la gloria de Dios. Daniel regresó á su monasterio, en donde permaneció hasta la muerte de su abad. Quisieron los religiosos elegirle en su lugar; pero su amor el retiro y al silencio y su modestia le hicieron resistir con la mayor tenacidad á todas las instancias, y se vieron obligados á elegir á otro que el mismo Daniel les indicó. Esto le facilitó el medio de volver al lado de san Simeón, cuya penitencia se había propuesto imitar, y pasó catorce dias á su lado. Empezó despues la peregrinación á los santos lugares de Jerusalem, sin que le hiciese desistir el temor de caer en manos de los Samaritanos, que habían tomado las armas contra los cristianos. Pero en el camino encontró á un anciano que desaprobó su proyecto, y le aconsejó que regresase á Constantinopla.

Por diversas circunstancias comprendió que el mismo san Simeón era el anciano que se le había aparecido; así es que, recibiendo su consejo como venido del cielo, partió hacia la ciudad imperial. Esto acaeció en el año 452, bajo el reinado de Marciano y el episcopado de Anatolio. Durante siete dias se detuvo en la hospedería de la iglesia de san Miguel, que estaba en las afueras de la ciudad, hacia la parte del norte, y poco despues se retiró á un lugar llamado Filamporo, en donde había un antiguo templo de los ídolos, que todo el mundo sabía estar infestado por los espíritus malignos. Allí entró intrépidamente, fortificándose con la señal de la cruz y cantando salmos. Hizo también oración en todos los rincones de este edificio á fin de arrojar á los demonios.

Sin embargo, estos espíritus infernales le hicieron durante tres noches amenazas terribles, y acompañadas de grandes ruidos con el fin de espantarle; pero lejos de ceder, cerró las puertas, y no dejó más que una ventana, por donde pudiera recibir el alimento y hablar á los que vinie-

sen á verle. Durante algún tiempo dejaron de injuriarle los demonios, pero volvieron más tarde, y le amenazaron con arrojarle al mar. Viendo que nada conseguían, y que siempre salían burlados, abandonaron aquel lugar, en que tantos males habían causado.

La fama de su victoria sobre los espíritus malignos atrajo á muchas personas que venían á admirar, no tanto sus virtudes, como su intrepidez. Pero algunos eclesiásticos que se dejaban llevar más de la avaricia que del celo por la gloria de Dios, imaginaron que las pequeñas limosnas que se le hacían pudieran ir aumentando, y por consiguiente, disminuir sus rentas, por lo cual se quejaron al obispo Anatolio, y le pidieron que fuese arrojado de aquel lugar. Le dijeron que era un desconocido que venía á perjudicarles; pero este prelado, que en todo procedía con equidad, se apoyó en la confesión de los delatores, y les hizo ver la injusticia que pretendían cometer contra un hombre que no conocían.

Les permitió que practicasen algunas informaciones; pero más arrebatados por la pasión, volvieron nuevamente, diciendo que era un hipócrita y malvado. Anatolio no se fió de estos informes, sino que quiso conocer personalmente á Daniel, y le mandó comparecer á su presencia. Se informó de su fé, de su conducta y de los motivos que le habían llevado á aquel lugar. El Santo le respondió con tanta modestia, que Anatolio le abrazó con ternura, y le miró en adelante como á un verdadero siervo de Dios, siendo algún tiempo despues confirmado en este juicio por un milagro que hizo Daniel en su favor. Habiendo caído gravemente enfermo, acudió á él, y fué curado por sus oraciones. Esto le hizo conocer con más exactitud la injusticia de los que le perseguían, y en su consecuencia, se dispuso á castigarles; pero el Santo, que estaba animado por la caridad de Jesucristo, le pidió gracia para ellos,

como única recompensa que le exigía por el restablecimiento de su salud.

Daniel permaneció nueve años en su retiro, en el cual se hizo célebre por la multitud de sus milagros. Al cabo de este tiempo Dios le hizo conocer por medio de una visión, que le llamaba á vivir en una columna, como san Simeón, cuya visión fué confirmada por un caso extraordinario. Había recomendado san Simeón á uno de sus discípulos llamado Sergio, que llevase su escapulario y su cogulla al emperador León. Con este objeto vino Sergio á Constantinopla, pero hallándose el príncipe muy ocupado en los negocios del estado, no pudo concederle audiencia, por lo cual Sergio pensó llevar á Siria el escapulario. Antes de partir fué al monasterio de los ascemetas, que entónces estaba gobernado por san Marcelo, y allí se le dijeron tantas cosas de san Daniel, que entró en deseos de verle.

Fué recibido con gozo, y el principal objeto de su conversación fué san Simeón. Daniel le confesó que Dios le había revelado muchos detalles de la vida de este Santo, y que le había inspirado un gran deseo de imitar su penitencia. Arrebatado Sergio al oírle hablar de esta manera, creyó que, más bién que al emperador, había Dios destinado el escapulario á este nuevo Estilita. Ofrecióselo, pues, y Daniel lo recibió con grandes demostraciones de veneración, como prenda de que había de ser investido del espíritu de este gran Santo.

Resolvióse Sergio á permanecer á su lado, y en este tiempo tuvo una visión, en que se le ordenó que abandonase Daniel aquel lugar, y emprendiese una vida más perfecta. Confirmado Daniel con esta visión, no le quedó duda de la voluntad divina, y rogó á Sergio que buscase en las montañas vecinas un lugar solitario y apropiado á sus designios. Una paloma indicó el lugar elegido por la divina Providencia. Era éste una montaña, llamada Anapla, por la

parte en que el Bósforo conduce al Ponto Euxino, cerca de una legua y media de Constantinopla, por mar, y de tres por tierra.

Un amigo del Santo proporcionó la columna, y cuando estuvo colocada en su lugar, salió Daniel una noche de su alojamiento, y se encaminó á este nuevo teatro de su penitencia, en donde, á ejemplo de san Simeón, le destinaba Dios, para que sirviese de espectáculo á los ángeles y á los hombres. Al llegar á él, dirigió esta oración: « Señor mio Jesucristo, sed glorificado por todos los bienes de que hasta el presente habeis colmado á vuestro siervo, y sobre todo por la gracia que me habeis concedido de abrazar este género de vida. Vos sabeis, Señor, que, al subir á esta columna, no cuento con otro auxilio que con el vuestro, y que sólomente de Vos espero el buén resultado de mi empresa. Dignaos, Señor, aceptarla: fortificadme para que yo pueda seguir la carrera que vuestra soberana voluntad me ha impuesto, y concededme la gracia de llegar santamente al fin. »

La columna de Daniel fué una cátedra expuesta á los ojos de todo el universo, y desde la cual hablaba por su boca el Espíritu de Dios, exhortando á la penitencia, al desprendimiento de las cosas terrenas, al temor de los juicios divinos, á la confianza en su misericordia, á la práctica de las virtudes cristianas, á la violencia evangélica, á las recompensas eternas y á la necesidad de ir por el camino estrecho para alcanzarlas. Tales eran las verdades que constituían ordinariamente el objeto de sus instrucciones, y aún cuando no había estudiado la elocuencia humana, Dios le había dado otra más eficaz, que penetraba los corazones, los ablandaba, los cambiaba, y los hacía penitentes y perfectos, bendiciendo el Señor sus consejos, y haciéndoles producir los más maravillosos efectos. De ello tenemos un gran ejemplo en el conde Edrán, á quién tanto impresionaron sus

instrucciones, que renunció al mundo para hacerse discípulo suyo, como veremos al final de este capítulo.

Dios le hizo célebre por el don de profecía y por el considerable número de milagros que obró, y diríase que había recibido uno especial para arrojar á los demonios de los cuerpos de los poseidos, y de las almas de los pecadores. Un jóven que se hallaba en este caso, fué curado por sus oraciones, y en reconocimiento quiso vestir el hábito religioso y hacerse su discípulo. Su padre, que no tenía más que este hijo, consintió voluntariamente en este sacrificio, juzgándole muy feliz de que se consagrara al servicio del Señor, despues de haber recibido un favor tan señalado.

Ciro, prefecto de Oriente, célebre bajo el imperio de Teodosio el Jóven, por sus cargos é influencia, así como por su desgracia, contrajo una amistad muy estrecha con nuestro Santo, y alcanzó con sus oraciones que su mujer é hija fuesen libradas del demonio. En reconocimiento de este beneficio hizo grabar unos versos en la columna del Santo.

Más adelante veremos las predicciones que hizo al emperador León, y á su yerno Zenón que también ocupó el trono. Hacía que subiesen á su columna los que acudían á él para ser curados de sus enfermedades, y les imponía las manos. Se servía en muchas ocasiones del aceite de las lámparas que ardían ante las reliquias de los mártires, y que por lo mismo se llamaba *aceite de los Santos*, y ordenaba que los enfermos fuesen ungidos con él, para que se atribuyese su curación más bién á los oraciones de los santos que á las suyas.

Podemos colocar en el número de sus milagros esa prodigiosa humildad, por la cual, y á pesar de que Dios le había favorecido con tantos dones celestiales, y de haber llegado á un grado de santidad tan eminente, que los mis-

mos emperadores, las emperatrices y los reyes extranjeros venían á darle pruebas de una singular veneración, creía, sin embargo, sinceramente que no tenía cosa alguna que le distinguiese de los demás hombres, ni que mereciera sus alabanzas. Efecto también de esta humildad, sobre que se hallaba sólidamente establecida su virtud, era el mostrarse muy reservado siempre que se trataba de juzgar la conducta de otros, y sobre todo cuando venían á quejarse de los obispos: pues no quería que por un celo indiscreto y temerario, se precipitasen los juicios, lo cual no servía para otra cosa que para causar escándalos y turbulencias en la Iglesia, principalmente en aquellos tiempos en que la doctrina católica era combatida por multitud de herejes. Quería que los seglares, que no tienen la misión de decidir las cosas relativas á la fé, dejasen este cuidado á los que están encargados de los asuntos de la Iglesia, sin mezclarse en lo que de ordinario no entienden.

Como cuanto es más elevada la virtud, tanto más hay que temer los lazos de la vanidad, y como Daniel temía mucho este vicio peligroso, Dios le hizo encontrar en algunas humillaciones que le ofreció, un medio de preservarse de este escollo. Su columna estaba colocada en un terreno que era propiedad de un tal Gelasio, pero en un paraje muy retirado de los que estaban en cultivo, y por consiguiente, no le podía proporcionar daño alguna. Sin embargo, como la había levantado sin pedirle permiso, fué Gelasio á querellarse ante el emperador León, que no le hizo caso, y entonces acudió á Gennadio que había sucedido á Anatolio en 458, el cual decretó que se hiciese bajar á Daniel de la columna, y que se le castigase. Gelasio montó en cólera, y fué á intimarle la orden; pero se levantó una furiosa tempestad, que juntamente con las súplicas de algunas personas, le apaciguó, contentándose, para salvar su honor, con que Daniel bajase de la columna,